

nita y la inteligencia de la criatura para hacer rodar sobre él los soles y los mundos. Ese puente es la lengua que vosotros cuidais con abnegación sin par.

Nosotros, centinelas del pasado, vigías del futuro, furrieles de la tradición, cribadores de la leyenda, escardadores del surco histórico, le consagramos el tributo de nuestro reconocimiento en nombre de nuestra sangre y de nuestra fe, porque salpicada con aquella se ven aún las piedras de Sagunto y Numancia, y las murallas caribes de Cartagena, y con sangre de españoles e indoespañoles se escribieron las epopeyas de la reconquista y de la independencia, respectivamente.

Salud, memoria égregia de nuestro gran señor don Miguel, gloria del mundo, abismo insondable de la sabiduría y ornato perillustre de la especie humana.

MIGUEL AGUILERA

“DEFENSA DE LA METAFISICA”

Por FERNANDO DE LA VEGA

Quien estudie serenamente la filosofía del siglo XIX, sus flujos y reflujos, sus altibajos, acentos y matices, no podrá desconocer el hecho fundamental de que el materialismo, de que tanto se tiznó aquella, ha ido disminuyendo y esfumándose en una clara y vergonzante derrota. ¿Cuáles los exponentes más auténticos del último movimiento espiritualista? Circunscribiéndome a Francia, sobresalen Paul Janet, Emilio Boutroux y Henri Bergson, después del positivismo de Comte y de Littré. ¿Cuáles en Alemania? Varios, y el principal de ellos, Rodolfo Eucken, después de Buchner, de Vries y de Haeckel. Ha ganado, pues, la partida la filosofía espiritualista, que parece extenderse hoy por todos los rincones del universo y animar con gayos fulgores la antorcha que oscilaba macilenta y pronta a extinguirse. Los eternos problemas de la vida, los grandes ideales del intelecto relacionados con las ansias del corazón, vuelven a ponerse sobre el tablero de la disputa tradicional, y cobran una segunda juventud en la boca y en la mente de los perennes inquisidores de la esfinge.

El caso de Bergson resulta interesante y significativo por demás; partió del racionalismo puro, como estudiante de matemáticas que era, y con ayuda de éstas, sistematizando ordenadamente las nociones adquiridas, se fue alzando en la percepción del mundo, hasta tocar la más bella y conceptuosa filosofía. Se hizo metafísico por amor a las matemáticas, y por conducto de ellas. Del racionalismo más crudo, del positivismo más perfecto, pasó a esa zona colindante con el idealismo —capa superpuesta en el conocimiento inexhausto e infinito— para concluir en un sistema completo y armónico, en donde cualquiera puede apreciar el dilatado proceso de la vida y de las cosas: desde el hecho mínimo del nacimiento hasta la formación y estructura de la conciencia, que por el inspeccionar riguroso, por la “intuición”, como él llama, con-

quista el mayor número de verdades trascendentales, sin apoyo de aparatos científicos, que sólo sirven, a su entender, para el desarrollo práctico de necesidades utilitarias.

Aquí todavía es apenas Bergson un filósofo experimental, que busca como punto de partida el testimonio de la conciencia. Más tarde, irá presentándose como metafísico, y el psicologismo que él emplea como método lógico, como recurso procedimental, entraña solamente la base de su sistema. Queda abierto un campo vastísimo para el vuelo investigador, para la exégesis teleológica. La reacción contra la escuela radical positivista ha sido completa. Comienza a restaurar el pensamiento filosófico fuerzas que parecieron agotadas en el siglo XIX, en que muchos sabios naturalistas, como Darwin, habían excluido brutalmente todo elemento de idealidad. Bergson en Francia y Eucken en Alemania señalan una ruta nueva, aunque ninguno de ellos quepa virtualmente en el dogma romano, ni profesa con sinceridad ninguna religión definida.

Un talentoso compatriota nuestro, el presbítero Camilo Villegas Angel, ha realizado el empeño de coordinar el criterio filosófico de Bergson con las enseñanzas seculares de la cátedra católica. Esto, cuando menos, revela con elocuencia cuánto es el trecho recorrido en el curso de medio siglo. Un pensador como Bergson, judío de sangre, deicida por herencia; arrojándose a la sombra del tronco milenar, en un afán de sosiego y convicción! ¿Será que la raza judía, eminentemente religiosa, deja sentir sus efluvios aun en las inteligencias entretenidas en el culto de la verdad objetiva, desligada de todo propósito y aspiración ultraterrena? Esta circunstancia que podría admitirse como un escarceo de la crítica, no vale nada para el caso. Lo cierto es que no pertenece a aquella familia de filósofos, que andan solicitando la clave de los destinos del hombre en determinadas observaciones de entomólogo, ni cree que la filosofía se reduzca como ciencia al inventario en cuadro de los fenómenos sensibles. ¡No! Piensa, por el contrario, que a su misión compete el desentrañar los más graves problemas del reino espiritual. ¿Qué será de la filosofía sin metafísica? Lo que no es metafísica no equivale a filosofía. El laboratorio, que obra maravillas, no debe elevarse a la condición de ciencia filosófica; camina sobre hechos, no sobre razonamientos, y muchos de éstos desbordan del laboratorio, sin que haya fuerza suficiente para destruirlos.

El entendimiento humano no se satisface únicamente con la verdad experimental; detrás de ella pretende intuir algo más, una causa inme-

diata o remota, pero determinante de los hechos analizados por la ciencia. No implica la metafísica de ningún modo que se descuide la realidad, y se caiga en la fantasmagoría por una embriaguez excesiva de idealismo; no. Aspira a comprenderla mejor, tornándola efecto y consecuencia de un agente supremo.

La inteligencia del hombre vive con aspiración a lo absoluto, aunque no llegue a comprenderlo ni a explicarlo; ronda como fuerza invisible en torno del misterio, y ávida de una solución definitiva, ha plantado sus toldas en ese campo de tanteos y hermenéutica. La imaginación actúa como su mejor aliado en tales empresas del espíritu, que, nunca como entonces, aparece tan luminoso ni tan científico. Todas las verdades descubiertas en el orden físico fueron un día huéspedes fantasmas de la imaginación, que las columbraba de lejos, sin alcanzarlas. En la filosofía existen y existirán problemas insolubles; y no por ello, sin embargo, debe desalentarse. En la esfera de lo material hay todavía muchos, y el esfuerzo humano no desespera de acercarse y aprehenderlos.

Cuando se habla de metafísica, nada tan peregrino como la actitud que adoptan los materialistas, en su prurito de atacar lo que consideran falso o inexistente: la causa suprema, Dios. Incurren en fallas, van a dar a despeñaderos más sombríos que los ensueños forjados por la locura. Explicando la creación del universo, no la aceptan como efecto legítimo, sino como causa y efecto al mismo tiempo; acuden al criterio de que siendo la materia eterna, carece de principio, porque siempre existió, y nadie la ha creado. El mundo, tal como está, no representa sino una fase evolutiva de esa materia eterna, que en sus etapas posteriores puede asumir forma distinta. Halaga esta explicación del universo a la inteligencia? ¿Sirve mejor que la de la filosofía católica, al admitir como cosa lógica la existencia de un ser superior, independiente, que crea el mundo por su propia voluntad soberana? ¿Qué explicación exhibe más claridad? La segunda, sin duda. Sacia la mente, y la necesita y requiere el entendimiento. La humanidad, en su sentido filosófico, es más espiritualista que materialista. Lo prueban las innumerables religiones, que alimentan siempre la noción de un ente supremo y la de la supervivencia del alma. En este bello atributo de su espiritualidad descansa su mayor grandeza, su radiante altura sobre el resto de los seres vivientes.

Aristóteles llamó al hombre "animal político", para denotar su condición sociable y cordial; debió llamarle mejor, a mi ver, "animal

metafísico", para describirlo como ser pensante. La divergencia de criterios comienza en el terreno de la especulación metafísica; en otros órdenes de experimentación no asoma discrepancia entre el materialismo y el espiritualismo. La filosofía espiritualista nunca ha negado el hecho salido del laboratorio; antes, lo suma a los ya demostrados y conocidos por la experiencia. ¿Qué tiene eso que ver? No ha brotado hasta hoy de la retorta del químico, del telescopio del astrónomo, ni de la cámara del biólogo ninguna escuela que excite a negar en redondo y de plano la alteza de las verdades trascendentales. Nos parece más bien que en la escuela materialista se practica una restricción del conocimiento; hay como un temor a lo profundo y a lo intangible. Por ejemplo, cuando el materialismo llega al hecho, cesa de investigar y detiene su marcha, la espiritualista continúa la suya, avanza más adentro, sin perder de vista el panorama de los fenómenos catalogados. Casi ni difieren en el método; tan solo cuando los unos desfallecen o se hastían, los otros prenden la hoguera de su curiosidad para iluminarse en regiones más oscuras, enmarañadas y solemnes. Cabe decir que un materialismo sano, ayuno de prejuicios podría concatenarse fácilmente con la filosofía espiritual, si se atiende a que ésta arrastra una superposición del conocimiento cierto; si el primero no incidiera en el pecado de volverse metafísico contra su ley y su pesar, para combatir con saña a su adversario.

Muchas cosas se encuentran cercadas de tiniebla; pero todo, casi todo, desemboca por la fuerza en la metafísica. La misma noción del derecho, que se traduce en leyes del vivir ordinario, no responde acaso a un razonamiento metafísico, a un concepto puro, indestructible. Si así no fuera, si las leyes no trataran de resumir una idea de justicia, conveniente a la colectividad y en beneficio de la armonía social, se reducirían entonces a un legajo de disposiciones nocivas, inspiradas por el capricho, por el odio del más fuerte o por el sentido concupiscente de unos pocos.

Que la metafísica conviene a la naturaleza humana, lo afirma abiertamente la circunstancia de no prescindir de ella. Entiéndase que yo la confundo, en una acepción genérica, con esa tendencia a inquirir, a través del razonar, la raíz y principio de los actos y fenómenos de la vida. Acontece con las verdades metafísicas lo que con el concepto de la belleza: nadie logra reducirlo a fórmulas matemáticas, a un encasillado mecánico ni a un teorema geométrico; pero todos hablan de la belleza, experimentan eficazmente su influjo, y algo más todavía, la solicitan, como sustento irremplazable de la existencia misma.

Sobre esta base de aspiración ultrasensible se yergue el edificio de las religiones, y su consecuencia práctica, la moral. Pero me voy más lejos aún; puede el sentimiento religioso abatirse hasta desvanecerse virtualmente en la humanidad, y conservarse, empero, una metafísica laica, divorciada de dogmas y milagros, codiciosa de las primeras causas, y sin que interrumpan su avance escenas conmovedoras de santos ni ocurrencia trágica de apariciones. Vendría a ser una metafísica intelectual, apartada de los misterios religiosos, y distante de la sugestión del sentimiento (1).

Uno de los problemas más turbios para el materialismo es la existencia del alma; no la conciben, no la comprenden, no se la explican sino como una resultante de fuerzas bioquímicas. Sin embargo, para la filosofía espiritualista posee un carácter de verdad fundamental. Se la siente obrar, moverse, cambiar de posiciones, ayuda de los elementos que constituyen su conjunto, como la memoria y la voluntad. Los actos ejecutados por ésta arrancan del cerebro; pero, ¿quién indujo al cerebro, qué principio obró antes que aquél diera la voz de marcha, el impulso inicial?

La escuela filosófica que duda de aquel principio básico no se empacha de valerse de metafísica, de razonamiento ordenado, para converger a conclusiones concretas que no pueden someterse tampoco a la acción apodíctica del laboratorio. Sin el razonamiento, sin el ascenso paulatino desde una verdad positiva, innegable para los sentidos, a otra superior, menos tangible, menos real físicamente, no podría formular el entendimiento ninguna consecuencia ni lucir en el estadio filosófico la majestad prodigiosa de su vuelo.

Después del siglo pasado, uno de los más tormentosos, hornaza de las más contrapuestas doctrinas en todo género de ideas, se ha acendrado bastante la corriente espiritualista, que se afirma cada día más en un imperio fiel de la razón sobre el instinto, con la adopción de muchas leyes morales, que valen por el esfuerzo del espíritu, aunque no lleven marca de procedencia religiosa. Y a veces, se cuele un hálito de esa

(1) Para mayor nitidez respecto del concepto de metafísica, quiero recordar que en el aula se dan dos definiciones de metafísica. La definición nominal, y la definición real. La primera es todo lo que sobrepasa, lo que trasciende lo físico y lo sensible. (S. Tomás in Boeth. de Trinit. q. 5 ar. 1). La segunda, la real, es la ciencia "quae considerat entem (comune) et ea quae consequuntur ipsum". es decir, la que considera al ente y las cosas que la atañen. (S. Tom., in Met. Proem).

influencia, cuando se pisa el terreno siempre agitado de la moral. No se ha querido enfrentar, como dos polos irreconciliables, a la moral religiosa y a la científica. Berthelot, el gran químico, hablaba de la última como del acuerdo supremo que debía excogitar el hombre para dirigir sus actos. ¿Y qué ocurre? Que en varios puntos, si bien por distintos senderos, se encuentran la una y la otra. Entre la religión, que condena la gula como pecado, y la ciencia médica, prescribe que no se coma mucho para no provocar desarreglos gástricos, se evidencia una armonía perfecta. Así en otros casos.

No he deseado probar que todos los efectos de la metafísica sean exactos, ni muchísimo menos. Sólo he deseado concluir que no cabe privarse de ella, y que uno de los atributos más simpáticos y resplandecientes del hombre reside en esa propensión admirable a cernerse por encima de los objetos materiales, en esa angustia por contemplar más vastos horizontes y perspectivas más largas y halagüeñas que la simple apariencia prosaica de las cosas. El hombre, sin tal atributo, no aceptaría adelantar un paso; no hubiera recibido nunca un conjunto de postulados morales, por los que medir su conducta y regular la acción entre sus semejantes. Aun abandonando ciertos principios religiosos, como los de la existencia de Dios o la inmortalidad del alma, no se interpreta la moral social, la norma del derecho, como despique contra la fuerza y la violencia, sin esta situación maravillosa de la mente, de subirse a un plano más alto para considerar y comprender el rítmico enlace y desenlace del tráfigo espiritual.

A muchos acuerdos consoladores, a muchas síntesis armoniosas ha llegado ya la inteligencia humana, especie de rompeolas sobre que se quiebra a diario un turbión de problemas hórridos y la resaca de inquietudes infinitas. Dejémosla libre, que reciba el tributo de todos los vientos y las aguas, como un rompeolas simbólico, purificado continuamente por las ondas que lo bañan; pero enhiesto a toda hora, en una actitud de aviso de alerta, de elocuente consejo a los navegantes porfiados que hienden los piélagos, y aspiran a no verse expuestos a las tinieblas ni al naufragio.

FERNANDO DE LA VEGA

LA SOCIOLOGIA DE LA FILOSOFIA

Por FRANCISCO ROMERO

La actividad filosófica requiere vocación y determinadas aptitudes, y sería interesante examinar la relación entre estas dos instancias, generalmente solidarias y a veces separadas. Sin entrar en el fondo del asunto, es presumible que una enérgica vocación, mediante esfuerzos y tanteos, llegue a crearse el instrumento intelectual adecuado para realizarse; y, a la inversa, que una notable capacidad por el éxito y goce que acarrea su ejercicio, adquiera a la larga los contornos de una vocación o realmente la promueva. Y han de admitirse también, aunque acaso más raras, las situaciones trucas: una vocación sin la menor capacidad, una capacidad no acompañada en absoluto de vocación ni del don de engendrarla. Lo común y lo natural, sin embargo, parece ser la unidad y armonía del momento vocacional y del instrumental o funcional. La vocación filosófica supone cierta actitud, que es al mismo tiempo su método o procedimiento más general, su utensilio de trabajo. Lo primero es la propensión agudamente teórica, el admirarse o extrañarse de que las cosas sean en lugar de no ser, de que sean como son en vez de ser de otro modo; la extrema e incondicionada teoreticidad —en cuanto averiguación a la cual, por principio, nada escapa— se convierte en pensamiento del todo, o de las partes con referencia al todo, y en pensamiento hasta lo último. La vocación es ya una proyección del interés en tales direcciones, y esta proyección es desde luego un comienzo de efectiva realización, un activo filosofar. La vocación puede manifestarse en plena juventud o en los comienzos de la madurez, o bien con retraso, por la intensificación y ampliación de otros intereses intelectuales, en marcha despaciosa y paulatina o por el repentino estallido de una crisis. El proceso es habitualmente personal y solitario, pero en ocasiones tiene su parte la ingerencia de un motivo exterior.

Hacia fines del siglo XVIII, la filosofía adquiere una nueva di-

